DiEc t. XXIX, n. 94-95 (1994) 395-398

SERMON EN LAS VISPERAS CATOLICAS DE RITO ROMANO

Romanos 12,10-12

Sábado, 7 de agosto de 1993
Capilla del Seminario Metropolitano de Santiago de Compostela

Con demasiada frecuencia el Movimiento ecuménico no puede progresar porque muchos se aferran a lo que es imposible por el momento y no tienen en cuenta las numerosas posibilidades que tienen a su alcance; otros esperan a que se resuelvan todos los problemas en lugar de abordar lo que es realizable en el acto y sin dificultad. El Apóstol de los gentiles nos muestra cómo salir de esa situación de estancamiento: nos presenta un programa de acción inmediato, concreto, progresivo y universal. Un programa que es posible realizar de inmediato en cualquier lugar: en todas las iglesias, en todas las comunidades, en todos los países del mundo. Cada vez que nos dejemos guiar por el llamamiento de San Pablo, avanzaremos en el camino hacia la plena unidad.

Las tres frases de nuestra lectura nos confrontan, como mínimo, a ocho preceptos. El primero dice: «Amándoos cordialmente los unos a los otros» (Rom 12,10). Cualquiera que sea la actitud de los que nos rodean, sean éstos nuestros amigos íntimos o personas menos allegadas, que se encuentren más o menos cercanas o alejadas de nosotros, les debemos todo nuestro amor fraterno, un amor «de hecho y en verdad» (1 Juan 3,18).

Universidad Pontificia de Salamanca

Cualquiera que sea la identidad eclesial de una persona, no podemos poner en duda su cristianismo. Por ello, todo cristiano merece nuestro absoluto respeto. «Estimándo en más cada uno a los demás», nos dice el Apóstol (Rom 12,10). Dostoievski estaba convencido de que, en realidad, había que arrodillarse ante cada ser humano: si éste vive en la gracia de Dios, el Señor vive en él; si vive en el pecado —cosa que al fin y al cabo no podemos juzgar— subsiste, no obstante, su vocación a vivir con Dios. Con razón el Decreto sobre el Ecumenismo exhorta a todo cristiano, cualquiera que sea su origen: «Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las obras de la fuerza espiritual en la vida de aquellos que dan testimonio de Cristo ...» (*Decreto sobre el Ecumenismo*, n. 4).

Hay quienes se ponen melancólicos al recordar el Segundo Concilio Vaticano y las primeras etapas del Movimiento ecuménico. ¿No se ha perdido en gran parte el dinamismo que los animaba? ¿No se ha apagado el fuego que habían encendido? Cualquiera que sea la respuesta a estas preguntas, en cada caso el llamamiento del Apóstol seguirá siendo pertinente: «¡No cedáis en vuestro empeño!» (v.11). Con esas palabras, san Pablo nos ayuda a no enfangarnos en la situación actual lamentando nuestra suerte y olvidando que todos somos responsables de ella. Antes de acusar a los demás, deberíamos recordar la pregunta del Señor: «¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo?» (Mt 7,3). ¡Cuán diferente sería todo si los que echan la culpa a los demás de falta de espíritu ecuménico descubrieran esa misma falta en sí mismos y, con nuevos bríos, se pusieran a obrar en favor de la unificación!

En lugar de quejarnos del enfriamento del clima ecuménico, deberíamos obedecer al llamamiento del Apóstol: «Servid al Señor con corazón ferviente (Rom 12,11). El Señor no ha prometido su Espíritu a éstos o a otros elegidos, sino a todos nosotros. Aspira a dárnoslo de todo corazón y a que obre en nosotros, y por eso dice: «He venido a prender fuego a la tierra, y ¡cómo desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12,49). Sólo cuando el fuego del Espíritu destruya lo que nos separa, lograremos la plena unidad.

Paso a paso llegaremos a conseguir la unidad donde quiera que los seres humanos se decidan a dedicarse por entero al Señor. De ahí el llamamiento del Apóstol: «¡Servid al Señor!» (Rom 12,11). Todo movimiento hacia el Señor es en

Universidad Pontificia de Salamanca

esencia un movimiento ecuménico, porque nos acerca más a Aquél que quiere que todos seamos uno. El está ahí para servirnos a todos; si, a nuestra vez, nosotros también le servimos, participamos en su acción unificadora.

Como ninguna potencia del mundo es capaz de impedir ese servicio, podemos esperar lograr esa unidad con toda confianza. Esto es tanto más importante cuanto que la desesperanza que asfixia a la Iglesia y al mundo se ha propagado como una epidemia. Nosotros, los cristianos, podemos y debemos aportar el oxígeno de la esperanza, sin el cual cualquier esfuerzo humano es una empresa vana. «¡Gozad en la esperanza!», nos dice san Pablo. Con esta palabras comienza el último capítulo del documento de estudio *Iglesia y mundo*. No son sólo unas simples palabras a modo de conclusión. Mientras se nos asegura que podemos esperar lo mejor, se nos exhorta a obrar de la mejor manera posible. Porque la promesa de Dios nos libera, «podemos empezar nuestro peregrinaje, caminando en la dirección del reino sin ilusiones utópicas sino más bien con una alegre esperanza. El futuro pertenece a Dios. El juicio es de Dios» (*Church and World*, cap. VII, parág. 5). La sabiduría de la fe es la condición de la salvación; nos da fuerza para atravesar los desiertos y afrontar los peligros que nos aguardan en nuestra marcha hacia la unidad.

San Pablo nos habla de sufrimientos y tribulaciones. No nos promete en modo alguno que los problemas serán cada vez menores y terminarán por desaparecer. Sabe que las dificultades serán mayores al final de los tiempos. El documento *Iglesia y mundo* es realista: «El sufrimiento es y sigue siendo una de las características de la Iglesia de Jesucristo, quien sufrió por nosotros para que podamos participar en el reino de Dios» (cap. VII, parág. 9). Por eso se necesitan «fortaleza y fe» (Ap 13,10) junto con las palabras del Apóstol: «¡Sed constantes en la tribulación!» (Rom 12,12). ¿Quién de nosotros no ha manifestado ya su impaciencia al ver que el ecumenismo no avanza como desearíamos que avanzara? La impaciencia es tan comprensible como inútil. La promesa del Señor no se refiere a la impaciencia, sino a la paciencia, a la valiente aceptación de las aflicciones, la perseverancia en el amor y en la abnegación. Eschuchemos a la gran española Santa Teresa de Avila: «La paciencia todo lo alcanza... ¡sólo Dios basta!».

Universidad Pontificia de Salamanca

Todo esto sólo es posible si vivimos cerca del Señor. Lógico resuena el llamamiento final del Apóstol de los gentiles: «¡Sed perseverantes en la oración!» (Rom 12,12). Esto quiere decir algo más que orar de vez en cuando. Es perseverante en la oración el que vive orando. Somos perseverantes en la oración cuando nuestras oraciones inspiran nuestro vivir y nuestra vida se convierte en una oración. A la luz de esa unión vital, el Segundo Concilio Vaticano califica la oración, junto con la conversión del corazón y la santidad de la vida, de «alma del gran movimiento ecuménico» (*Decreto sobre el Ecumenismo*, n. 8). Sin ese alma, toda actividad destinada a conseguir la unidad está condenada al fracaso. Hagamos todo lo posible por que esa alma no se debilite «¡Velad y orad!» (Mt 26,41). Amén.

Mons. PAUL WERNER SCHEELE
Obispo católico de la diócesis de Wurtzburgo
Alemania.

Universidad Pontificia de Salamanca